Ecología política y agroecología:

referentes conceptuales para la formación de profesionales agropecuarios en Colombia

Andrés Felipe Mesa Valencia

Andrés Felipe Mesa Valencia (Colombia, 1984-v.)

Zootecnista, Especialista en Ciencia y Tecnología de Alimentos y Magíster en Ciencia y Tecnología de Alimentos de la Universidad Nacional de Colombia. Candidato a Doctor en Sociología Rural de la Universidad de Missouri, Estados Unidos. Becario Fullbright. Profesor de la Universidad de Antioquia, la Universidad Nacional Abierta y a Distancia, y la Corporación Universitaria Lasallista. Conferencista y autor de algunos artículos.

Resumen

La ecología política aborda los procesos de distribución de poder entre actores, problema fundamental de los sistemas agroalimentarios en Colombia. Este cuerpo de trabajo reconecta la investigación y la praxis académica con sus implicaciones políticas y ecológicas, abriendo un espectro de preguntas relacionadas con la distribución del poder, el acceso a la tecnología y los flujos de información. La incorporación de dichos elementos a la formación de los profesionales agropecuarios puede sentar las bases para reforzar la esfera social de movimientos alternativos como la agroecología. Esta, puede ofrecer un enfoque determinante para el desarrollo agropecuario del país, al posibilitar cambios en el marco institucional y político, garantizando sistemas alimentarios donde los pequeños productores tengan acceso a mercados, tecnologías y conocimientos.

Palabras clave

Agroecología, ecología política, sistemas agroalimentarios, pequeños productores

Introducción

En las últimas décadas, el papel de la producción pecuaria ha sido altamente cuestionado por ser considerada una de las actividades humanas que más ha influido en la crisis climática y el deterioro del medioambiente. No obstante, una producción pecuaria sostenible, que mitigue su actual impacto negativo en el medioambiente y que cumpla su función primordial de alimentar a la creciente población mundial, son premisas fundamentales, transversales a los objetivos de desarrollo sostenible que aprobó la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 2015, con el fin de promover una agenda para mejorar las condiciones de la población mundial para el 2030 (ONU, 2015). Sin embargo, esta agenda mundial de trabajo ha creado una hoja de ruta que es difícil de seguir para los países en desarrollo, como Colombia, y, en especial, para los pequeños productores; a los que día a día se les exige cumplir con lineamientos y estándares productivos que no están contextualizados a sus realidades. Además, sus voces no son escuchadas y carecen de agencia para influir la agenda política y económica del país, configurando unas dinámicas de poder en los sistemas alimentarios que no permiten que la experiencia y el conocimiento local tenga validez en la construcción del futuro agropecuario colombiano.

Es así como en las últimas dos décadas, la ecología política de la agricultura surge como un cuerpo de trabajo ecléctico que considera explícitamente el tejido social, los flujos de conocimiento y tecnología, el marco institucional, las relaciones de poder dentro de los sistemas agroalimentarios y la forma como se interrelacionan con el medioambiente (Robbins, 2012). De esta manera, la ecología política va más allá de las limitaciones de la economía política de la agricultura, que no considera elementos no humanos en los sistemas agroalimentarios, y la ecología como ciencia, que no indaga sobre las consecuencias de la toma de decisiones en los sistemas alimentarios sobre el medioambiente. Además, la ecología política evita explicaciones indiferenciadas y genéricas a problemas específicos de comunidades locales, grupos marginales, poblaciones vulnerables y territorios. Según Chandra *et al.* (2017), estos problemas son causados por políticas transnacionales, condiciones de mercado, agronegocios corporativos y otros actores dominantes en los sistemas agroalimentarios. Sin embargo, aunque los enfoques de la ecología política buscan reconectar la investigación sobre sistemas agroalimentarios con sus implicaciones ecológicas y políticas, se han centrado más en encontrar causas que síntomas.

Lo anterior, hace que la ecología política falle al no proponer acciones concretas para escuchar las voces de los actores menos poderosos de los sistemas agroalimentarios (Moragues-Faus y Marsden, 2017). Por esta razón, algunos académicos han explorado y propuesto opciones para formar una caja de herramientas crítica y práctica de una ecología política emergente que considere otras alternativas, adaptaciones, acción humana creativa y enfoques de conocimiento/poder (Chandra *et al.*, 2017; Robbins, 2020). Para esto, se debe crear un diálogo constante desde la ecología política y las diferentes disciplinas, que permitan nutrir este enfoque teórico con prácticas y estudios de caso que ayuden a dinamizar su alcance práctico y contextualizarlo a las realidades de las comunidades.

El papel de los pequeños campesinos y el ambiente ante el lente de la economía política de los sistemas agroalimentarios

Históricamente, la economía política ha jugado un papel crucial en el desarrollo de diferentes enfoques y marcos conceptuales de la sociología de la agricultura. Según Busch y Juska (1997), "la economía política es el estudio de la relación entre la política y la economía" (p. 689). Esta posición teórica considera los recursos naturales como finitos y dependientes del crecimiento de la población, por lo que los problemas ecológicos resultan de la inadecuada adopción e implementación de técnicas de manejo económico, explotación y conservación tanto del trabajo como de la naturaleza, lo cual genera estrés ambiental y social agravado por la imposición exógena de regímenes extractivos de acu-

mulación insostenibles (Buttel, 2001). De esta manera, se valida la noción del capital como estructura y los sujetos incrustados en ella solo como generadores de ganancias. Este enfoque estructuralista ignora las necesidades de los diferentes actores de los sistemas agroalimentarios y simplifica su dinámica considerando únicamente el intercambio de bienes y productos, pasando por alto la conexión entre la naturaleza y la sociedad al externalizar y abstraer la naturaleza del dominio social y al ignorar los factores no humanos que afectan la política y la economía, los cuales tienen un mayor impacto hoy en día con el cambio climático (Goodman, 2004).

Desde los escenarios de la sociología de la agricultura y la alimentación, la economía política ha permitido identificar los principales factores que han llevado a la agricultura hacia la globalización y la industrialización. De esta forma, la economía política ha proporcionado métodos analíticos y teorías para configurar y comprender la estructura de los principales actores de los sistemas agroalimentarios, que son los responsables de la toma de decisiones en el mercado global. Es así como se configura el componente social de la agroecología, la cual se fundamenta en estas nociones, permitiéndole comprender la configuración económica y política de estas dinámicas globales y así forjar su orientación como movimiento social para luchar contra las relaciones implícitas de poder dominantes (Chandra *et al.*, 2017). Sin embargo, la economía política no logra crear puentes entre las ideas macro y microeconómicas; además, al centrarse en describir las condiciones en las que se produce la globalización, proporciona pocas ideas sobre las especificidades y los procesos de los sistemas agroalimentarios y la agencia de los actores integrados en ellos (Busch y Juska, 1997, p. 689).

El borde macroeconómico de la economía política se centra en la lógica macro del crecimiento económico y la acumulación de capital. Sin embargo, no contextualiza las condiciones en las que producen los pequeños productores al no considerar enfoques basados en sitio, reduciendo la agencia de los actores de los sistemas alimentarios a modelos lineales relacionados con la producción, la distribución y el consumo. Desde los fundamentos marxistas de la economía política, la agencia de los pequeños propietarios es completamente ignorada y pasada por alto, cayendo en la cosificación al ser victimizados, ignorados y silenciados. Por otro lado, el enfoque microeconómico de la economía política solo considera el comportamiento económico de empresas, hogares, individuos y su interacción con los mercados. Este enfoque acrecienta la agencia y la concentración de poder de los grandes actores, ignorando los fenómenos sociales, culturales, ambientales y todo el contexto en el que se encuentran los pequeños actores de los sistemas agroalimentarios. Como resultado, se les impide tomar decisiones y están sujetos a la dinámica capitalista de autorregulación del mercado.

Buttel (2001) encuentra que una de las limitaciones más significativas de la economía política para examinar los sistemas alimentarios es que aún necesita explorar más sobre las relaciones de poder generadas al controlar el medioambiente e incluir nuevos actores en las cadenas alimentarias, tanto humanos como no humanos. Lo anterior ocurre porque, en la economía política de la agricultura, la naturaleza suele verse como pasiva y desconectada de la sociedad, externalizada y abstraída del dominio social. De esta manera, el enfoque de economía política no llega a saber más sobre quién se beneficia al controlar y explotar los recursos o las consecuencias de la apropiación de recursos por parte de ciertos actores. Además, no considera los sistemas alimentarios alternativos que, medidos mediante modelos cuantitativos y lineales, sin duda están en desventaja en comparación con los sistemas de producción agrícola bien establecidos (Busch y Juska, 1997).

La mirada posestructuralista de la ecología política y las dinámicas de poder en los sistemas agroalimentarios

Algunos autores sugieren ampliar el alcance de la economía política e ir más allá de la conceptualización de sistemas agroalimentarios y cadenas de valor me-

didos únicamente en términos de eficiencia económica (Lamine, 2015; Moragues-Faus y Marsden, 2017; Robbins, 2020). De esta manera, se propone un campo de acción e investigación transdisciplinario y posestructuralista para comprender las relaciones de conocimiento y poder, por medio de discursos, prácticas y sistemas sociales; lo que ha hecho que la ecología política gane relevancia para analizar los sistemas agroalimentarios desde los retos sostenibles de la actualidad. Robbins (2012) define la ecología política como "exploraciones empíricas basadas en la investigación para explicar los vínculos en la condición y el cambio de los sistemas sociales/ambientales, con explícita consideración de las relaciones de poder" (p. 20). Así, su alcance es más amplio, ya que considera otras dimensiones y actores y profundiza en las relaciones entre los elementos humanos y no humanos (Busch y Juska, 1997, p. 690). Además, explica el conflicto ambiental en términos de luchas sobre "conocimiento, poder y práctica" y "política, justicia y gobernabilidad" (Robbins, 2012, p. 391).

Asimismo, la ecología política aborda los procesos de distribución de poder entre los diferentes actores de los sistemas agroalimentarios, lo cual es fundamental para determinar las posibilidades y limitaciones que tienen los pequeños propietarios (Moragues-Faus y Marsden, 2017). De esta manera, busca reconectar la investigación en sistemas agroalimentarios con sus implicaciones políticas y ecológicas, abriendo un espectro de preguntas relacionadas con la distribución del poder, el acceso a la tecnología y los flujos de información. Además, ofrece elementos cruciales al enfocarse en encontrar formas de generar cambios en el marco institucional y político para garantizar sistemas alimentarios donde los pequeños productores tengan acceso a mercados, tecnologías y conocimiento. Sin embargo, a pesar de todas estas posibilidades, algunos autores advierten que la ecología política puede subestimar el poder de los consumidores, ya que existe una falta de preocupación por la esfera del consumo en la investigación agroalimentaria, que tradicionalmente ubica el poder principalmente en el lado de la producción y la distribución. Además, el marco de la ecología política puede justificar la operación de sistemas alimentarios alternativos, esquemas de comercio justo o certificaciones amigables con el medioambiente como contribuyentes al desarrollo capitalista (Goodman, 2004; Lamine, 2015).

La agroecología como movimiento social y el empoderamiento campesino

La agroecología surge como un referente teórico y práctico conceptualizado en algunas nociones de ecología política. Tanto la agroecología como la ecología política adoptan una comprensión de la ciencia, la naturaleza y la sociedad como coevolucionantes (Altieri y Toledo, 2011; Moragues-Faus y Marsden, 2017, p. 14), y proponen acciones para que los pequeños agricultores resistan la presión de la industrialización de la agricultura. Inicialmente, la agroecología fue concebida como un conjunto de prácticas que buscaban aplicar los principios ecológicos a la comprensión y el desarrollo de sistemas de producción sostenibles para orientar las experiencias de agricultura ecológica desde lo local, respetando las estructuras ambientales y sociales (Altieri y Nichols, 2000; Gliessman, 1998). En última instancia, el concepto de agroecología se ha extendido al manejo ecológico de los recursos naturales mediante formas de acción social colectiva que presentan alternativas a la presión de las dinámicas neoliberales. Además, propone el desarrollo participativo desde las fincas a la circulación alternativa de sus productos, tratando de establecer modos de producción y consumo que contribuyan a enfrentar la crisis ecológica y social. Así, esta concepción de la agroecología como un movimiento social, a diferencia de la agricultura orgánica y ecológica, va más allá porque evita la dependencia de insumos y la gobernanza externa (Monje-Carvajal, 2011).

Las posibilidades de la agroecología como movimiento social son prometedoras, especialmente en áreas y contextos donde la presión sobre la biodiversidad crece a medida que aumenta la industrialización. Para esto,

la agroecología sienta bases en algunos fundamentos teóricos de la ecología política relacionados con las implicaciones para la distribución, el control de los recursos, la agencia de los actores y su posibilidad de tomar decisiones y adoptar alternativas a los sistemas dominantes (Wezel *et al.*, 2009). Como resultado, los enfoques agroecológicos facilitan el equilibrio de las relaciones de poder asimétricas presentes dentro de los sistemas agroalimentarios, aumentan la seguridad alimentaria al tener un enfoque de sitio, reducen la dependencia de intermediarios y financieros (Hendrickson, 2015) y proveen una mejor comprensión de la base social de los sistemas agroalimentarios. Sin embargo, el desafío para los estudios de movimientos sociales agroecológicos es avanzar y tomar medidas para evitar que los pequeños agricultores sucumban a la presión del mercado global. Para ello, en un país tan biodiverso y con tanta riqueza cultural como Colombia, es imperante conocer las particularidades de los productos agrícolas de las regiones, la lógica de las cadenas productivas locales, escuchar las voces de los actores que participan en estas cadenas, evaluar las relaciones de poder existentes, valorar los saberes locales e identificar y cuestionar el marco institucional y legal que los rige.

Conclusión

Considerando el enfoque de sitio en el que se basa la ecología política y el estructuralismo de la economía política, es importante que los profesionales agropecuarios en Colombia incorporen nociones teóricas a su quehacer, lo cual les permitiría comprender la lógica de las relaciones de poder y el marco legal e institucional en el que se insertan los sistemas agroalimentarios. Asimismo, es vital contextualizar la agroecología a las especificidades de las regiones y al contexto colombiano para desarrollar herramientas y categorías teóricas que demuestren los impactos indeseables de las políticas y las condiciones del mercado en la soberanía alimentaria y las relaciones de poder, especialmente desde el punto de vista de la población local, los grupos marginales y las poblaciones vulnerables (Chandra *et al.*, 2017; Robbins, 2012). De esta manera, en pro de enriquecer la praxis académica y la labor de los profesionales agropecuarios en Colombia, es importante pensar el desarrollo rural desde un enfoque interdisciplinario, donde se trascienda más allá del enfoque técnico de los sistemas productivos y se indague sobre los elementos que estos ofrecen para comprender la configuración de poder en los sistemas agroalimentarios y la inequidad histórica que nuestro país ha padecido por décadas.

En la celebración de los sesenta años de la carrera de Zootecnia de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, de la cual soy egresado, celebro el compromiso institucional con el desarrollo agropecuario nacional que el programa ha liderado por décadas. Al ser parte de la universidad pública más importante del país, nuestro compromiso social con el campo colombiano debe ser latente. Por eso, es crucial que los zootecnistas, en nuestra formación, adquiramos elementos de diferentes disciplinas para enriquecer nuestra labor en las zonas rurales, lo que puede sentar las bases para reforzar la esfera social de movimientos como la agroecología, los cuales necesitan del zootecnista para repensar el rol de la producción animal en estos sistemas de producción alternativos. Para esto, debemos considerar enfoques como el de la ecología política, que permitan entender cómo el marco legal e institucional afecta a las comunidades, a los modelos de pequeña escala y a aquellos que intentan producir dentro de paradigmas alternativos. Así, la zootecnia también puede posibilitar cambios en el marco institucional y político del país, garantizando sistemas alimentarios donde los pequeños productores tengan acceso a mercados, tecnologías y conocimientos.

Agradecimientos

El autor agradece el apoyo de Fulbright-Pasaporte a la Ciencia, Colombia. Con este artículo, se desea aportar a la solución del foco-reto país “Sociedad”, dentro del programa Colombia Científica, el cual busca fomentar la innovación social para el desarrollo económico y la

inclusión productiva. Con la exploración de referentes teóricos para fortalecer la transferencia de conocimiento y formación de los profesionales agropecuarios, este artículo explora elementos de la ecología política y la agroecología, marcos conceptuales y modelos alternativos de desarrollo rural desde la perspectiva del desarrollo humano, integral y sostenible, que ayuden al cierre de las brechas urbano-rurales del país.

Referencias

Altieri, M. y Nicholls, C. (2000). *Agroecología, teoría y práctica para una agricultura sustentable*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

Altieri, M. y Toledo, V. (2011). The agroecological revolution in Latin America: Rescuing nature, ensuring food sovereignty and empowering peasants. *The Journal of Peasant Studies*, *38*(3), 587-612. doi:10.1080/03066150.2011.582947.

Busch, L. y Juska, A. (1997). Beyond political economy: Actor networks and the globalization of agriculture. *Review of International Political Economy*, *4*(4), 688-708. https://doi.org/10.1080/09672299708565788.

Buttel, F. H. (2001). Some reflections on late twentieth century agrarian political economy. *Sociologia Ruralis*, *41*(2), 165-181. https://doi.org/10.1111/1467-9523.00176.

Chandra, A., McNamara, K. E. y Dargusch, P. (2017). The relevance of political ecology perspectives for smallholder climate-smart agriculture: A review. *Journal of Political Ecology*, *24*(1), 821-842. https://doi.org/10.2458/v24i1.20969.

Gliessman, S. (1998). *Agroecología: procesos ecológicos en agricultura sostenible*. Lewis/CRC Press.

Goodman, M. K. (2004). Reading fair trade: Political ecological imaginary and the moral economy of fair trade foods. *Political Geography*, *23*(7), 891-915.

Hendrickson, M. K. (2015). Resilience in a concentrated and consolidated food system. *Journal of Environmental Studies and Sciences*, *5*(3), 418-431.

Lamine, C. (2015). Sustainability and resilience in agrifood systems: Reconnecting agriculture, food and the environment. *Sociologia Ruralis*, *55*(1), 41-61.

Monje-Carvajal, J. J. (2011). La agroecología: un marco de referencia para entender sus procesos en la investigación y la praxis. *Revista Luna Azul*, (32), 128-134.

Moragues-Faus, A. y Marsden, T. (2017). The political ecology of food: Carving "spaces of possibility" in a new research agenda. *Journal of Rural Studies*, *55*, 275-288. https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2017.08.016.

Organización de las Naciones Unidas (ONU). (28 de julio de 2022). Los ODS en Acción. https://www.undp.org/es/sustainable-development-goals#:~:text=de%20Desarrollo%20Sostenible%3F,Los%20Objetivos%20de%20Desarrollo%20Sostenible%20(ODS)%2C%20también%20conocidos%20como,disfruten%20de%20paz%20y%20prosperidad.

Robbins, P. (2012). *Political ecology: A critical introduction* (2.ª ed.). Wiley-Blackwell.

Robbins, P. (2020). Is less more … or is more less? Scaling the political ecologies of the future. *Political Geography*, *76*, 102018. https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2019.04.010.

Wezel, A., Bellon, S., Doré, T., Francis, C., Vallod, D. y David, C. (2009). Agroecology as a science, a movement and a practice. *Sustainable Agriculture*, *2*, 27-43. https://doi.org/10.1007/978-94-007-0394-0_3.